

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO III

Coordinación

ALFREDO ÁVILA
VIRGINIA GUEDEA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2008

NÚMERO 144

Alocución sobre la felicidad de la Nueva España

Foncerrada Michoacanense, Oidor de México habla a sus compatriotas por la felicidad pública.

*Non est Graecus nec Jadeus, sed
Christus.*

Ilustres americanos, más siempre amados compatriotas.

VIVA LA AMÉRICA: sí, decidlo, repetidlo, pregonadlo a gritos, que se oigan en las más remotas ángulos del universo. Pero no os contentéis con voces ni palabras. Cumplidlo con las obras. Haced, que la América viva.

Este debe ser vuestro común deseo, este vuestro objeto, este vuestro fin a que debéis encaminar los infinitos, nobles, fáciles, dulces, alegres, cómodos medios, que tenéis en vuestras manos, y en solo vuestra voluntad querer.

Pero advertid de una vez, que cuando yo os llamo compatriotas, cuando os amo como paisanos, no entiendo contraer estas voces a los que nacieron en la misma ciudad, provincia o reino. De este modo también los brutos, las fieras y los animales ponzoñosos serían paisanos y compatriotas.

La sola calidad del nacimiento es un accidente involuntario en la vida del hombre, y es un necio despreciable el que prefiere y ama, el que protege, socorre y ayuda a otro hombre por la sola calidad de nacido aquí, o allí.

Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, y el hombre por lo mismo debe cuidar a asemejarse a Dios, y en nada puede conseguirlo sino en el amor, en la caridad, en el aprecio y estimación de los otros. Por eso el mayor y más santo ante Dios es el que tiene

mayor caridad, sea quien fuere.

Sólo en el amor puede y debe ser el hombre universal, pues debe amar aún a sus enemigos. La envidia es hija de almas bajas. El odio es pasión de las débiles. Al contrario, la caridad que destierra esas flaquezas, es propia de almas nobles, grandes y generosas.

Por eso cuando hablo a mis compatriotas, entender debo a los que tenemos una patria común. En una palabra, compatriotas son todos los que reconocen una monarquía, un mismo soberano, y creen una misma religión, obedeciendo unas mismas leyes.

Así es. Compatriotas y hermanos somos todos los que habitamos la América, y que reconocemos por soberano a nuestro suspirado y deseado Fernando VII, que adoramos y creemos la religión católica, hayamos nacido aquí, o allí, de ésta o de la otra parte de los mares.

A todos lo que tienen estas calidades digo y repito con ellos, que viva la América; pero ellos y yo debemos acompañar este viva con los otros, sin los cuales no puede aquél lograrse.

Debemos, pues, decir para que viva la América, que viva la monarquía española, criadora y formadora de la América. Que viva la religión católica, apostólica, romana conservadora de la América.

Que viva la unión, fraternidad, buena correspondencia, y en una palabra, la unidad de la España nueva y vieja.

No se necesita pensar mucho para que por sí mismos se presenten los muchos motivos de gratitud, de honor y de conveniencia y necesidad, para desear y cooperar eficazmente a que viva la monarquía española.

Parece que la Divina Providencia desde luego no quiso que otra monarquía, otra nación, ni otros reyes que los de Castilla fuesen los descubridores de esta feliz parte del

universo; pues, como todos sabemos, aunque Colón propuso a otras naciones sus proyectos de descubrir nuevas tierras por el occidente, en todas partes fue mirado con desdén hasta que vino a Castilla, y la magnánima católica reina doña Isabel, no solo lo escuchó, sino que lo protegió y auxilió aún con sus propias joyas para el descubrimiento; y aquí tenemos desde luego un primer motivo de obligación y gratitud para que la América septentrional mire a la monarquía española como su apreciable madre.

Apliquemos, pues, a ella lo que las sagradas letras nos mandan para con nuestros padres. Honra a tu padre y madre, porque si no fuera por ellos no hubieras nacido. No habría habido América, ni hubiéramos existido, si no hubiera habido una reina Isabel que despreció los adornos de sus galas, y unos castellanos que hiciesen el descubrimiento, y trajesen el linaje español a estos dominios.

Veracruz, Puebla, México, decidme; pero no, que estáis muy próximos a la mar; Zacatecas, Durango, Chihuahua, ciudades todas bellas que adornáis la América, decidme ¿quién os fabricó? Pero callad, no me acuséis de ingrato, que ignoro u olvido, que nuestros amados ascendientes, los católicos españoles son los que os fabricaron.

Nobles artes, divina pintura, sublime arquitectura, ¿cómo estáis en la América?

Ciencia de Dios, excelsa teología; augusta gobernadora de los imperios, sabia jurisprudencia, ¿por dónde habéis venido? ¿quién os trajo?

Artes todas, hablad: quién os condujo, quién enseñó a poner llaves en las puertas de mi casa, elevar las paredes, construir...? pero no quiero proseguir porque no me abochornen, con acordarme que España, España es la que todo lo ha proveído, y a la que debo tener un reconocimiento que dure tanto, como los auxilios, placeres y socorros que por ella logro en mis tristezas y necesidades.

Viva, pues, la monarquía española nuestra criadora y protectora, porque esta voz es,

la que debe inspirar la gratitud de que nos preciamos justamente los americanos.

Pero asombrémonos, fijando los ojos en esa fecunda madre de nuestros beneficios. Miremos sus campos fértiles, sus dehesas y prados abundantes en todo lo que exige la necesidad, o apetece la delicadeza de los hombres; hoy son teatro de sangre. Donde se veían copiosas mieses, hoy se encuentran cadáveres. Destruida la agricultura, aniquilada la crianza, invadidas las ciudades, saqueados los templos, violentadas las vírgenes, arrebatadas las mujeres del brazo de sus maridos, los hijos del lado de los padres, en fin, todo es allí aniquilación y ruina.

Pero asombrémonos más de que aún entre tantos obstinados estragos hay todavía España, y hay gloriosos, esforzados, valientes españoles que hacen eficaz, útil y prodigiosa resistencia a esa inundación horrenda de calamidades.

Y en esas circunstancias ¿qué haces América? Ya me figuro el desagradable ceño que pones a esta imprudente pregunta. Ya te oigo que me increpas, y airadamente me respondes.

¿Qué hago? ¡Insultante pregunta! Yo hago lo que dicta la razón, la generosidad y el honor. Yo, que tanto he debido a la España en el tiempo de sus prosperidades y sus glorias, ¿la desconoceré en el de su persecución y calamidades? No hará la América esas indignidades. Si le faltaren hombres, emigrarán legiones de americanos. Si necesitare caudales, no habrá tesoro reservado que no envíe, para que tenga el digno empleo de distribuirse en la fortificación, auxilios y subsistencia de los gloriosos defensores de mi madre patria.

Así es, así es, y no debe ser otro el idioma de nuestra patria. Sepa el mundo que en la América hay educación, ilustración y virtudes.

Entiendan las naciones todas del universo, que la América española no es hoy país

de fieras y salvajes. Que aquí se conocen, respetan y observan las obligaciones del hijo con sus padres y ascendientes, lo que debe el cliente y protegido a su protector y patrono generoso. Que empezando desde la infancia los vínculos del hombre con los que lo lactan, educan y mantienen, las siguientes edades de la pubertad, virilidad y vejez, no hacen en los americanos sino aumentar el discernimiento, y los más claros conocimientos que radican en nuestras almas el amor, la agradecida memoria y el consiguiente eficaz deseo de proteger, ayudar, socorrer y defender con todo nuestro posible a nuestros padres, nuestros ascendientes, nuestros maestros, nuestros patronos y nuestros curadores y tutores.

Y decidme ¿cuál de estos títulos le faltan a la España y a los españoles para con la América y americanos? Lejos de faltar alguno debéis considerar, que hay otro que nuestro interés obliga a sostener.

El español que viene y que ha venido se dedica desde luego a las buenas artes, a la industria, a las economías del comercio. ¿Pues que nación cae en la barbaridad de despreciar a los que de este modo la fomentan, la prueban y engrandecen?

Pero pasad adelante. Esos que así vienen de nuestra amada España, si llegan a criar caudales se casan casi todos con niñas americanas. ¿Pues por qué privaréis a la América de ese aumento de población, y al bello sexo le queréis estorbar esas colocaciones, enlaces y matrimonios?

Todavía más. Si ese español rico muere, ¿quién es su heredero? ¿No es casi siempre su hijo americano, o su pariente y compañero, que aquí queda, que se casa y da hijos y pobladores a esta América?

Pues abrid los ojos, compatriotas, y advertid, que nuestros españoles europeos no vienen sino a trabajar para formar familias americanas, y no caigáis en la indignidad de ser ingratos a los que vienen a emplear sus sudores, fatigas y economías para dar herencia a

nuestros sobrinos, primos y parientes.

Es inmensa la cadena de intereses y bienes que nos trae nuestra relación con nuestros amados españoles europeos. Nos han dado provechos a diluvio, y no trabajan, sino para continuarlos y aumentarlos, pues acojámoslos con los brazos abiertos y el corazón más amante.

Concluyamos, que hacer guerra contra nuestros compatriotas los españoles europeos, es la peor, la más fatal y ruinosa guerra que se puede inventar contra la América, los americanos y americanas, y se harán los americanos a sí mismo perjuicios incalculables si no aman la España, los españoles; y en una palabra, si no cuidamos la unidad de la España nueva y vieja.

Imaginaos por un momento que llegarán, lo que Dios no quiera, a separarse y diversarse la España ultramarina que habitemos de la Europa. No hay ya correspondencia, no hay comunicación recíproca, no hay naves de allá que admitan estos puertos.

¿Qué hace este reino? ¿Se divorcia de las otras partes del mundo, o se entrega a otras naciones? A cuál de ellas pide los azogues para beneficiar las platas? A cuál el hierro y acero para las labores e instrumentos de agricultura, y para....? Pero para que nos hemos de cansar. La España ultramarina perderá sus minas y su agricultura, perderá su comercio y pederá su seguridad.

Crees Nueva España que eres fecunda, que lo tienes todo en tu seno, que nada necesitas. Pues te engañas, Te falta lo primero una grande población, y si no, mira las leguas que hay de unos a otros pueblos; mira cuántos campos sin cultivo y sin habitantes. Te faltan azogues para tus minas, y si éstas te faltan, adiós plata, adiós riqueza, adiós comercio. ¿Qué le darás al que te busque con géneros en Veracruz? Le darás maíz, le darás frijol, chile, garbanzo, trigo, lana, algodones. Podrás con eso proveer el rancho de algún

navío; pero ni este beneficio cortísimo será capaz ni bastante de fomentar tu agricultura, ni podrán llegar a los puertos, o por mejor decir, al único de Veracruz, los frutos de las providencias, que distan de allí muchas lenguas.

Michoacán, Michoacán, donde la Providencia Divina me dio el ser, oye a un hijo tuyo, y óiganlo las providencia todas de este vasto y felicísimo reino, y en los males que les apunto conozcan, que en evitarlos están los remedios nobles y fáciles que al principio dije, están en nuestra voluntad para hacer que viva la América.

Caminaba ésta al más alto grado de prosperidad y de gloria, y es ahora más que nunca el objeto de la envidia de las naciones.

Sus minas han asombrado el universo, aumentadas en número y descubrimientos de vetas, han probado el crecido número de millones que sabemos todos, y admiramos. ¿Y cómo se ha logrado esto?

Con la abundancia de los azogues y la comodidad de su precio. Bastaban no ha muchos años de seis a siete mil quintales de azogue, y ahora apenas alcanzaba diez y seis mil quintales, y los hemos tenido. Vendíanse a cientos pesos cada quintal, y ahora se han tenido a sesenta pesos.

¿Y todo esto lo ha hecho la América por sí sola? No, no. Quien lo ha hecho ha sido nuestra vigilante madre, nuestra celosa protectora la España. ¿Quién tendrá osadía de negar esta verdad?

Pues basta esta sola prueba para convencerse, que si esta América se divide de la España, la minería se pierde, la plata, la moneda se escasea, y quedarán minas; pero del mismo modo que les tuvieron los indios en su barbarie; las tendrán y no las disfrutaremos.

Yo bien sé cuántos libros extranjeros, y algunos pocos meditativos españoles, han procurado desacreditar a la España por su conato en el descubrimiento y labores de las

minas. Pero estad ciertos de que aquéllos no hablan con buena fe. Envidian nuestras minas, y por eso las desacreditan. Quieren debilitar el poder de la España, y por eso la procuran privar del nervio del poder, que es la riqueza.

Acusan que en ese laboreo perecen muchos hombres; pero ya estáis desengañados de dos cosas. La una, que en esto han hablado con exageración y falsedad, y la otra, que si al principio perecieron muchos, ya hoy no hay esa ruina, porque las minas se trabajan hoy con arte y regla. Se cuida de su firmeza, de su ventilación, y de todas las demás partes de conveniencia de los trabajadores. Hoy dirigen las ciencias, la arquitectura subterránea la hidráulica y demás. Antes se trabajaba sin conocimiento, ni resguardo.

Pero añadid: ¿cuántos, no millares sino millones de hombres no han consumido la navegación de los mares, en esa vida siempre fluctuante, siempre en vigilia, con alimentos adulterados, entre aguas, soles, turbonadas, tempestades y naufragios? ¿Y por eso hay algún necio político, o algún aturdido moralista, que condene el arte y oficio de la navegación y su ejercicio?

¿Cuántos millones han hecho perecer de hombres en las guerras, que ya triunfando, ya rindiendo destruyen miles de hombres en cada batalla o combate? ¿Y por eso se abstienen de la guerra, ni se han abstenido de tantas como ha sabido, tal vez por el interés de un pequeño terreno?

No hablan, pues, de buena fe los que censuran el trabajo de minas. Despreciadlos y cuidad de que no descaezca un trabajo tan benéfico al mundo entero.

Doscientos ochenta minerales o reales de minas, constan en lista, que tengo, de los que hoy se trabajan en los territorios de las doce intendencias de este reino. Dadle a cada uno el ínfimo número de operarios, y para no errar, demos unos con otros a razón de mil, y hallaremos doscientos ochenta mil hombres, viviendo de este laboreo, y pereciendo si falta

el trabajo de las minas.

Ya se han descubierto azogues en esta América. Si, los han descubierto nuestros españoles, y ha fomentado esta diligencia nuestro gobierno, nuestra madre patria, y este es otro beneficio que le debemos; pero han sido muy cortos los frutos, y no bastan los azogues al beneficio que le debemos; pero han sido muy cortos los frutos, y no bastan los azogues al beneficio de una sola mina.

El remedio directo es, ayudar a recobrar nuestra almacén y vivir en la confianza de que nuestra España buscará y proveerá lo que no alcance aquel manantial, que nos ha dado azogues por tantos siglos.

Discurrid lo mismo sobre el fierro y acero, tan precisos para la minería y agricultura; y de la pérdida de nuestra España, si la dejamos consumir, sacaremos estas precisas funestas consecuencias.

Primera. La decadencia y casi ruina de la minería.

Segunda. La escasez de platas y de moneda.

Tercera. El envilecimiento, abatimiento y destrucción de todas las industrias y cultivos, porque el dinero es para el conjunto de un Estado, lo que la sangre en el cuerpo. Donde hay dinero en abundancia todo se paga bien, y todo trabajo se remunera y estimula; al contrario donde no lo hay, nada valen las cosas.

Cuarta consecuencia será, la desanimación y muerte del comercio. Ya no vendrán naves nacionales a Veracruz; ya no habrá internación de Veracruz para otros lugares, porque ni habrá seguridad de caminos, ni confianza de vecinos a vecinos; ya no habrá conducciones, y el arrieraje quedará aniquilado y pereciendo con sus mulas y criados, los que se ocupan en este ejercicio, y acabado el cuerpo de comerciantes, militares de familias pereciendo, y millones en desnudez, indecencia y miseria.

La quinta consecuencia es, la turbación de todo el orden social, político, y el religioso. Se suscita sedición y alboroto, y con ella ya el feligrés deja su parroquia, el indio su choza, el español su domicilio, el labrador el arado, el vaquero su vacada, el artesano su taller; todo es odios, enemistades, ya nadie cuenta con sus bienes, ya todo es el ronco clamor de la discordia, el desasosiego, la sospecha, la invasión, la rapiña, el saqueo, el robo, las muertes. En una palabra, la ruina de los individuos, la de las familias, la del estado y de la América.

Sexta, precisa y final consecuencia. Sabe el extranjero que ya levantó su horrible cabeza la hidra de la rebelión; que la guerra intestina y civil se enciende; que ya está dilacerada y rasgada la túnica inconsutil, porque ya no hay respecto a la religión, ya no hay amor a la patria, ya se rompieron todas las barreras de la justicia, ya se violaron los derechos de propiedad por el robo, ya se insultó la autoridad pública por la violencia, ya hay fuerza armada contra las leyes. Saca de aquí el extranjero la consecuencia, pues ya no hay virtud, ya no hay unión, ya hay división entre pueblos y pueblos, entre personas y personas, ya no hay energía, ya hay debilidad. Ahora es el tiempo de atacar, de invadir, de dominar ese estado floreciente.

La que es ahora felicísima Nueva España, América dichosa, el país de la pura religión, del sosiego, de la dulce paz, y amable tranquilidad y fraternidad; será mañana provincia desolada, agregación infeliz de otra nación, que a las claras vendrá a atacar esta dulce morada, o con los hipócritas pretextos del auxilio y el comercio, pondrá pie en nuestro suelo, tendrá luego tiendas, almacenes, armería, casas, población y fuerza, y hará por fin vasallos o esclavos a los que ahora han despreciado la quietud, el sosiego, la libertad pacífica, el culto divino y la adorable religión.

Todo esto, todo esto es resultado forzoso de los que, teniendo el bien de la unión, abrazan el mal de la discordia; de los que estando gozando de la feraz agricultura, pasan a hollar los campos, talar mieses, destruir las sementeras, aniquilar los caudales.

Se roba un millón, ¿y a quién se enriquece? A nadie. El que lo posee ya lo pierde, él muere, su familia parece; pero el que lo robó no lo goza, lo derrama, lo distribuye en sus satélites; el millón se acaba, se acaban mil vidas, y después de todo nadie tiene y todos quedan pereciendo.

En este estado de división y el consiguiente de aniquilación, todos son débiles, y la nación que acomete vence y domina.

Este triste cuadro o colección de las desdichas que amenazan mi amada patria, mi apreciada nación, hacen rebosar en mi alma la congoja, y el dolor, y tales cuáles se ofrecen unas tras otras estas fundadas; pero amarguísimas y funestas ideas, las vacio con lágrimas a este papel, por si la Providencia Divina, que rendidamente imploro, quisiere permitir que lo lean mis compatriotas, pues yo bien sé, que la ternura, la dulzura de carácter, la sensibilidad y la compasión, son prendas propias de los americanos, y que acertará siempre el que los llame a la generosidad, a la bizarría, y a la gratitud.

Sí, paisanos míos amadísimos. Sed generosos como lo habéis sido siempre. Amigos de dar y no de quitar. Dejad con sus caudales a los que han adquirido por medios legítimos. No quebrantéis la buena fe al que ha vivido tranquilo en la confianza de que vivía entre nosotros.

No hay griego, ni judío, sino Cristo, decid con el apóstol; o decid con Numa Pompilio: no hay sabino ni romano, ni rómulo. Queden desterrados esos nombres, y no hay sino el deseo de borrar hasta la memoria de antiguas parcialidades.

Así nosotros digamos: no hay gachupín, no hay criollo; esos nombres quedan poscritos y condenados por concordia. No hay más nombre, que el de VASALLO DE FERNANDO VII, ESPAÑOL, España unida, religión y lealtad, obediencia al Consejo de Regencia, y auxilio a nuestra madre patria, para que triunfe y venza, expela pórpidos franceses, y quede para siempre en los fastos de la historia escrito el VIVA LA ESPAÑA CONSTANTE, Y VIVA SU HIJA LA AMÉRICA FIEL Y GENEROSA.— *Melchor de Foncerrada.*

La edición del tomo III de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Gisela Moncada González
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602